no quiero dudar ni desconfiar de que podré alcanzarla.

Otras razones de consuelo trae Cristo nuestro Señor, fundadas en la venida del Espíritu Santo.

MEDITACION XIX

DE LA ORACION QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR HIZO Á SU PADRE AL FIN DEL SERMON DE LA CENA

Esta oracion de Cristo nuestro Señor, es un vivo y perfectísimo ejemplo de todas las cosas que han de concurrir en una oracion fervorosa y excelente, cuanto á las personas por quien se ha de orar, y las cosas que se han de pedir, y los títulos que se han de alegar y el órden que en esto ha de haber. Reducirla hemos á tres puntos, por tener ella tres partes (1); porque primero oró en cuanto hombre por sí y por sus cosas; luego oró por sus apóstoles que tenia presentes y estaban á su cargo, y despues por todos los escogidos, y por todos los fieles que habia de haber hasta la fin del mundo; y este órden pide la caridad bien ordenada, y es el que debemos guardar en la forma y manera que Cristo nuestro Señor le guardó.

(1) D. Thom. 3, p. q. 21 a 3.

PUNTO PRIMERO

1. Reverencia de Cristo en esta oracion.—2. En ella pide ser clarificado.—3. Cómo hemos de imitarle en esta oracion.—4. Títulos que Cristo alega para ser oido. Dos frutos que podemos sacar de esta última consideracion.

Estando Cristo nuestro Señor en pié en presencia de sus apóstoles, levantando los ojos al cielo con voz clara, oró á su Padre por sí mismo, diciendo: *Padre, llegada es la hora, clarifica á tu Hijo, para que tu Hijo te clarifique á ti* (1).

1. Aquí se ha de ponderar lo primero, la reverencia interior y exterior con que Cristo nuestro Señor oraba, la devocion que mostró levantando los ojos al cielo, la voz tan tierna, y palabras tan regaladas y sentidas que decia, para enseñar á sus apóstoles con este ejemplo cómo habian de orar, y para consolarlos con el cuidado que de ellos mostraba tener.

2. Lo segundo, se ha de ponderar lo que pidió en esta oracion; es á saber: que fuese clarificado en el tiempo de su pasion con milagros, para que se descubriese que aunque padecia cosas tan ignominiosas, era Hijo de Dios. Item, ser tambien clarificado con la claridad y gloria de la resurreccion y ascension á los cielos, y ser clarificado en el mundo, y conocido de los hombres por Hijo de Dios; y para que se entendiese que no pedia esto por su propia honra, añade: Pídolo, Padre, para que tu Hijo te clarifique á ti, esto es, para que por mi glo-

(1) Ioan. XVII, 1.

ria y en ella seas glorificado, y para que yo, despues de glorificado por ti, de nuevo te clarifique y publique tu gloria á mis discípulos, y por ellos á todo el mundo.

De esta oracion de Cristo nuestro Señor tengo de usar en muchas maneras. Unas veces pidiendo al Padre Eterno clarifique á su Hijo en todo el mundo, entre todos los infieles, dándoles luz para que le crean y glorifiquen como á Hijo suyo, para que con esto sea el mismo Padre más glorificado, y con este espíritu le diré muchas veces: Padre, clarifica á tu Hijo unigénito Jesucristo, para que tú seas en él y por él clarificado en todo el mundo.

Otras veces apropiaré á mí mismo esta oracion, pidiendo al Padre Eterno, que clarifique á mí, miserable é indigno hijo suyo, con la claridad de su gracia y con obras excelentes de virtud, no para honra mia, sino para gloria suya, y para que yo le glorifique y predique sus grandezas; y así con este espíritu, pidiendo para mí, diré: Padre, clarifica á tu hijo, para que tu hijo te clarifique á ti. Y no es atrevimiento usar de esta oracion, porque supuesto que Dios quiere que le llame Padre, bien puedo llamarme yo hijo; y si no tuviere tanto ánimo, en lugar de esta palabra hijo, pondré esta palabra siervo ó esclavo, diciendo: Dios mio, clarifica á tu siervo, para que tu siervo te clarifique á ti; Padre, ama á este esclavo tuyo, para que tu esclavo te ame á ti.

3. Lo tercero, con esta oracion juntó Cristo nuestro Señor títulos para lo que pedia, diciendo: *Yo te he clarificado en la tierra, y acabado la obra que me encomendaste. Clarifícame pues, oh Padre, cerca de ti mismo, con la claridad que tuve cerca de ti, ántes que el mundo se hiciese* (1). Como quien dice: Justo título tengo para pedir esto, porque yo he procurado siempre tu gloria en la tierra, y he obedecido á tu voluntad, cumpliendo todo lo que me has mandado; justo es que tú me clarifiques con la claridad y con el premio que me tienes señalado en tu predestinacion eterna. De donde se han de sacar dos cosas. La primera, que los varones perfectos cuando piden algo á Nuestro Señor, pueden con humildad alegarle los servicios que le han hecho, buscando su gloria, y obedeciendo á su voluntad; y cuando la conciencia les da testimonio de esto, piden con gran confianza. ¡Oh Padre amantísimo, si pudiera decirte con verdad que siempre te he clarificado en la tierra, y acabado la obra que me has encomendado! Pero muy al contrario he vivido, buscando mi gloria con menoscabo de la tuya, y atropellando tu voluntad por hacer la mia; y así te suplico, no como fiel criado, sino como pobre necesitado, que me clarifiques con tu gracia, para que de hoy más te clarifique sobre la tierra y acabe todo lo que me has encomendado.

La segunda es, que la oracion es medio para negociar las cosas que Dios tiene ordenadas en su eterna predestinacion (2); y así no hemos de faltar en la continua oracion, pues quizá por ella se nos ha de dar lo que Dios ha predestinado para nuestra salvacion, y así le hemos de pedir con instancia, no la gloria del mundo cerca de los hombres, sino la gloria cerca de Dios, para la cual nos tiene señalados.

(1) Ioan. XVII, 4-5.—(2) D. Th. 2-2, q. 83 a. 2.

PUNTO SEGUNDO

1. Cristo ruega por sus discípulos.—2. Pide para ellos tres cosas: union de caridad, que los libre de todo lo que es contrario á esta union, que les dé la plenitud de todas las virtudes. De donde se ve qué cosas hemos de pedir y cómo.

1. Luego se ha de considerar la oracion que Cristo nuestro Señor hizo por sus apóstoles, en la cual primero declaró por quien rogaba, diciendo á su Padre: *No ruego por el mundo, sino por estos que me diste, porque son tuyos* (1). Llama mundo á la muchedumbre de los reprobados, rebeldes á Dios y á su ley: los cuales por su culpa se hacen indignos de que Cristo nuestro Señor ore por ellos, cuanto á la eficacia de su oracion, la cual no tiene en ellos efecto. Y así dice, que ruega por los apóstoles escogidos del Padre, *porque son tuyos*, son tus amigos, tus siervos fieles, tus escogidos, y los tienes debajo de tu amparo. Este título es maravilloso para alegar á Dios en nuestras oraciones, diciéndole: Padre celestial, favorece á los que me has encomendado, y da tu ayuda á todos los fieles, porque son tuyos. Dios mio, mira por mi alma y cuerpo, y por todos los sentidos y potencias que me diste, porque son tuyas. Conserva los deseos y propósitos buenos que me has dado, porque son tuyos. ¿Quién hay que no mire por lo que es suyo? *Tuyo soy, sálvame* (2); tuya es mi alma, sálvala; tuyo es mi entendimiento, ilústrale; tuya es mi voluntad, rígela, etc. No permitas,

(1) Ioan. XVII, 9. —(2) Ps. CXVIII, 94.

Señor, que yo sea parte del mundo, por el cual no ruegas, porque si me excluyes de tu oracion, tambien quedaré excluido de tu reino.

2. Despues de esto pidió Cristo nuestro Señor para sus apóstoles tres cosas excelentísimas.

La primera fué diciendo: *Padre santo, en tu nombre* y por tu gloria *guarda estos que me diste para que sean una cosa como yo y tú lo somos* (1). En las cuales palabras pide al Padre Eterno, que mire por ellos y los conserve, dándoles union de caridad entre sí mismos, y con Dios; no union cualquiera, sino perfectísima, y á semejanza de la que el Padre y el Hijo tienen en unidad de esencia. De modo que como los dos, por ser un Dios, tienen un mismo sentir, querer y obrar, así ellos se conformen en todo con el sentir de Dios y con su divina voluntad, obrando solamente lo que Dios quiere que obren; y conviniendo todos en esta union con Dios, quedarán tambien unidos entre sí.

La segunda cosa que pide es, los libre de todo lo que es contrario á esta divina union, diciendo: *No te ruego que los saques del mundo, sino que los libres del mal* (2). Que es decir: En el mundo han de padecer grandes persecuciones y trabajos: no te pido, Padre mio, que los saques del mundo, porque conviene se queden en él, sino que los libres de lo malo, esto es, del pecado, de la desunion y discordia, del demonio, y de todo mal eterno, de modo que vivan en el mundo sin que se les pegue el mal del mundo.

La tercera cosa que pide es, les dé la plenitud de todas las virtudes, diciendo: *Santifícalos en ver-*

(1) Ioan. XVII, 11. —(2) Ibid. 15.

dad; pues yo me santifico por ellos, para que ellos queden santificados en verdad (1). Que es decir no solamente los libra del mal, sino santifícalos con abundancia de virtudes verdaderas, libres de toda hipocresía y fingimiento, conformes á la verdad que yo les he predicado; pues yo me he consagrado y ofrecido en sacrificio y hostia santa, por hacerlos santos. Por todo esto se ve, cómo Cristo nuestro Señor quiere que pidamos en la oracion cosas grandiosas, dignas de Dios, alegándole principalmente dos títulos: uno, la gloria y majestad de su santísimo nombre; otro, la santidad del sacrificio que él mismo ofreció por nosotros en la cruz. Oh Padre soberano, oye la oracion de tu Hijo unigénito, librándome de lo malo que inficiona el mundo, y santificándome con verdadera santidad, para que goce de la union que tienes con él, unido contigo en perfecta caridad. Amen.

PUNTO TERCERO

1. Cristo ruega por todos los fieles.—2. Pide para ellos todos los bienes de gracia y gloria.

Últimamente, se ha de considerar la oracion que hizo por todos los demás fieles, pidiendo para ellos los bienes de gracia y la vida eterna

1. Lo primero, dijo: *No ruego solamente por estos, sino por todos los que por su predicacion han de creer, para que todos sean una misma cosa; y como tú, Padre, estás en mí, y yo en ti, así ellos sean uno en nosotros, para que crea el mundo que tú me enviaste* (2).

(1) Ioan. XVII, 17-19.—(2) Ibid. 20-21.

De donde consta, que oró por todos los que ahora vivimos en su Iglesia, y por consiguiente que oró por mí mismo, porque á todos y á cada uno, y á mí tambien, nos tenia tan presentes como á los que estaban en aquel cenáculo, y para todos pidió esta union de caridad perfectísima con Dios y entre sí, al modo dicho; la cual fuese tan grande y maravillosa, que bastase para convertir al mundo y para que los infieles creyesen que Cristo era Dios, pues tenia discípulos tan unidos en caridad. ¡Oh dulcísimo Jesus, cuán cuidadoso y celoso eres del bien de tus escogidos; pues ántes que nazcan oras por ellos, y pides para ellos dones tan soberanos! ¡Oh Padre amantísimo, oye esta oracion que tu Hijo unigénito ofrece por mí, y hazme participante de la soberana union que tienes con él! Concede tambien esta union á los religiosos, para que por ella conozcan los seglares, que tu Hijo unigénito mora en ellos. Concédela tambien á todos los fieles, para que los infieles, admirados de esta milagrosa union, reciban tu santa ley. Y pues tu Hijo nos ofrece la claridad de su gracia, para que todos seamos muy perfectos y acabados en lo que es ser una cosa (1), concede á todos los justos, que han participado esta claridad, que lleguen á la excelencia de ella, para que se dilate por todo el mundo la claridad de su gloria. Amen.

2. Lo segundo que pidió, fué: *Padre, quiero para los que me diste, que adonde yo estoy, allí estén ellos conmigo, para que vean la claridad que me diste* (2). Que es decir: Padre, no solamente pido para mis fieles la union de caridad y perfeccion en esta vida,

(1) Ioan. XVII, 23.—(2) Ibid. 24.

sino que despues de ella estén conmigo en el cielo, donde yo estoy, gozando de mi compañía, para que vean la claridad que me diste en cuanto Dios y en cuanto hombre, y sean bienaventurados con esta vista. Oh Amador dulcísimo, con qué eficacia orabas cuando esto decias, pues hablando con tu Padre, interpones tu suprema autoridad y la igualdad que tienes con él, diciendo: Padre, quiero que donde yo estuviere, estén mis discípulos. ¿Quién podrá ir contra ese quiero tuyo, pues lo que tú quieres eficazmente, todo se cumplirá?. ¡Oh quién estuviera donde tú estás! Bien sé que estás en todo lugar, donde están buenos y malos; pero no todos están contigo, gozando de tu dulce compañía. Concédeme, que siempre esté yo donde estás tú, viéndote en esta vida por fe muy esclarecida, y despues con clara vista en tu gloria. Amen.

MEDITACION XX

DE LA IDA DE CRISTO NUESTRO SEÑOR AL HUERTO, Y DE LA TRISTEZA Y AFLICCION INTERIOR QUE ALLÍ TUVO

PUNTO PRIMERO

Del cenáculo sale Cristo al huerto por tres causas: 1. Para guardar la costumbre que tenia de recogerse á la oracion.—2. Porque su prision no se hiciese en casa ajena.—3. Para significar que como la pérdida del mundo comenzó en un huerto, así nuestra salvacion comenzó en otro, cuyos olivos nos recuerdan la paz que Cristo nos trajo con su muerte.

Acabado el sermon de la cena *y dicho el himno acostumbrado en accion de gracias, salióse Jesus con los once apóstoles del cenáculo, y fuése de la otra parte del arroyo de Cedron, al monte de las Olivas, á un campo que se llama Geisemaní, donde estaba un huerto, y allí entró como tenia de costumbre* (1).

1. Sobre este paso se han de ponderar las causas de esta salida de Cristo nuestro Señor del cenáculo al huerto. La primera fué por guardar la costumbre que tenia de recogerse á lugares solitarios á oracion retirada, despues de haber cumplido con el oficio de predicar. Y es mucho de ponderar la magnanimidad y entereza de este Señor, que por ningunos trabajos ni peligros queria dejar sus buenas costumbres, y así predicó y dijo su himno acostumbrado despues de la cena, y se fué á la soledad,

(1) Matth. XXVI, 30, Ioan. XVIII, 1, Luc. XXII, 39.